

que ellos mismos han provocado, la Iglesia eleva con una dignidad celeste, encima de las olas apaciguadas, su cabeza coronada de gloria y adornada de una juventud inmortal! Todos los corazones vuelan hácia el santo Pontífice que hoy la representa tan noblemente, todos los labios bendicen al inmortal Pio IX; el mundo espera en él; y el moderno paganismo, temblando de furor, aplaza para algunos siglos la ruina de su indomable enemiga.<sup>1</sup>

Este maravilloso fenómeno de la Iglesia, siempre en pié y siempre combatida, ha llenado de admiracion á los leales adeptos del protestantismo que, sobre la fé de sus maestros, habian podido creer que tocaba ya á su fin: así es que se les oye exclamar: "La Iglesia ha visto el principio de todos los gobiernos y de todas las instituciones eclesiásticas que hoy existen, y no nos atrevemos á decir que no está destinada á ver el fin. Ella era ya grande y respetada antes que los sajones hubiesen puesto el pié sobre el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega florecia en Antioquía, cuando los ídolos eran adorados en el templo de la Meca. Ella puede ser grande y respetada todavía; en ese caso, quizá algun viajero de la nueva Zelandia se detendrá un dia, en medio de una vasta soledad, apoyándose en un arco roto del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de San Pablo."<sup>2</sup>

1 Los recientes acontecimientos que han tenido lugar en la capital del mundo cristiano, no nos harán cambiar nuestras palabras. La gloria del magnánimo Pio IX permanece intacta; la demagogia sola es la que está cubierta de ignominia y vergüenza. Por lo demas, nadie duda que la Iglesia no salga muy pronto triunfante de las nuevas pruebas que le ha preparado el espíritu del mal.—N. del A.

2 M. Macauley, *Revista de Edimburgo*, 1840.

## CAPITULO XXXV.

**Que sin la Cruz, los grandes principios de libertad, igualdad y fraternidad no pueden realizarse en la tierra.**

Libertad, Igualdad, Fraternidad, Paz, Prosperidad, he aquí unas palabras que espresan bellas y nobles cosas; ¿pero se conoce acaso su verdadero sentido? . . . Los que para seducir á los pueblos las han hecho resonar muy alto, han probado desgraciadamente por sus interpretaciones y aplicaciones ulteriores que no conocian ni su valor ni su comprension. Se ha creído, por otra parte, con mucha generalidad, que bastaba proclamar esas fórmulas de los grandes principios del cristianismo para obtener su dichosa realizacion sobre la tierra; y que Jesucristo al revelarlos no ha adquirido otros títulos de gloria que los de un racionador que, el primero, descubre un nuevo sistema. Este ha sido un error fatal y una equivocacion funesta. Al proclamar á los hombres principios que les confieren derechos inmensos, pero que al mismo tiempo les imponen deberes análogos, ¿qué es lo que se ha hecho? Desencadenar sobre el mundo una plaga asoladora, si no se pueden hacer aceptar tales principios sino en la parte favorable á las pasiones, y que se tenga el beneficio del derecho sin reportar las cargas del deber. El mismo Jesucristo, no vacilamos en decirlo, si no hubiese colocado al lado de su revelacion los medios eficaces de ponerla en práctica, lejos de haber sido el bienhechor de la humanidad no habria sido sino el perturbador mas insensato del órden moral.

Comenzando por la libertad, esta noble prerogativa que

pone sobre nuestra frente un signo real, y que inviste nuestra raza de la soberanía absoluta del globo terrestre, ¿se cree que pudiera arrojarse así, al acaso, á cualquiera que venga como una cosa comun? Dad la libertad á un niño y habréis puesto en sus manos una arma peligrosa; dádsela al hombre malo y le habréis abierto la carrera del crimen; dádsela á un ignorante y habréis hecho andar á un ciego por una senda erizada de precipicios: porque, despues de la depravacion de nuestra naturaleza, ¿de qué se componen las sociedades humanas sino de individuos que todos, en un grado mas ó menos sensible están rodeados de tinieblas, de debilidades y de malas pasiones? En el estado actual, ningun hombre por perfecto que sea puede vanagloriarse, estando reducido á sus propias fuerzas, de poseer siempre dignamente su libertad y de conservarla intacta: pues si de este hombre excepcional se descende hasta las masas, hasta el comun de los hombres, que, por mas que se haga, permanecen siempre, por no decir mas, en la mediocridad, estado habitual del mayor número, ¿no debe temerse, y mucho, que hagan un abuso pernicioso de la facultad de disponer libremente de sí mismos? Así, pues, no merecerá poseer la libertad sino el que sepa hacer un digno uso de ella. Cuando Dios quiso hacer al hombre partícipe de este bien que le es propio, lo creó á su imágen, le dotó de una voluntad recta y le prescribió someterse á su direccion suprema: de otro modo, se habria agraviado la sabiduría y la santidad infinitas.

Habiendo perdido el hombre, por su falta, la rectitud de su voluntad, la pureza de sus inclinaciones, los rayos de la luz celestial, se encontró despojado de los atributos necesarios de un sér libre y se mostró indigno de su gloriosa condicion. Él ha aprovechado la libertad de los sentidos para hundirse en las mas vergonzosas torpezas; la libertad del pensamiento para acoger el error y desconocer la verdad; la libertad de la voluntad para entregarse á los actos de la mas culpable y odiosa arbitrariedad. Siendo así, ¿podia ser con-

veniente alentar al hombre en esta vía, y preconizarle como el primero de los bienes esta libertad que él degrada tanto, ó bien seria necesario, que esta criatura privilegiada hecha á imágen del Ser Soberano, estuviese reducida á un estado próximo al de embrutecimiento de los séres irracionales? Evidentemente ni el uno ni el otro de estos extremos es aceptable. El hombre debe ser libre, pero al mismo tiempo, la libertad debe ser para él buena y provechosa: para llegar á este doble objeto es necesario restituírle las garantías de pureza, de luz, de fuerza, de direccion superior que el pecado le ha arrebatado; y esto es lo que ha querido hacer Jesucristo. "Si escuchais mi palabra, ha dicho, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres, y entonces seréis verdaderamente libres." <sup>1</sup> Él hacia, pues, depender la regeneracion de la libertad de la obediencia á su palabra. Pero su palabra es espíritu y vida; ella alumbra la inteligencia y reanima el corazón. Apoyada sobre esta palabra infalible y siempre permanente en la Iglesia, la libertad podrá marchar con seguridad, evitar los lazos del error, y resistir al impulso funesto de las pasiones. De la doctrina evangélica es de donde emanan las luces y las gracias suficientes para conducir al hombre al estado de santidad; de que resulta, que ella es verdaderamente la sola madre de la libertad; porque, para que la libertad sea verdadera y perfecta, es necesario absolutamente que tenga la santidad por compañera: desde el momento que se separa de ella viene á ser indefectiblemente mala y perniciosa. El mismo Robespierre, este tirano hipócrita y sanguinario lo habia comprendido así: "Pueblo, decia en un discurso dirigido á la convencion, ten presente que si en la república no reina la justicia con un imperio absoluto, la libertad no es mas que un vano nombre; que donde quiera que la justicia no reina, las pasiones son las que mandan; y que entonces habrás cambiado de cadenas y no de destinos." <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Evangelio de San Juan, cap. 8.

<sup>2</sup> Lamartine, *Hist. de los Girondinos*, tom. VIII, pág. 306.

Sin el contrapeso de los principios sólidos de justicia y de santidad, toda libertad viene á ser peligrosa. Algunas naturalezas excepcionales ajustarán tal vez, al menos, al derecho sus actos exteriores, en tanto que las muchedumbres fácilmente extraviadas y exaltadas y los individuos de caracteres perversos, sobre todo, se dejarán arrastrar del torrente del vicio y de las pasiones. Ejemplos muy tristes hemos tenido y tenemos aún á la vista de las desgracias y de los crímenes que produce la libertad sin guía y sin freno: pero cuando por otra parte se cree que la libertad es una causa de peligro y de ruina, no tarda en ser considerada como un imposible; y ya se la desea como el primero de los bienes, ó ya se la rechaza como el mayor de los males. Concluyamos, pues, diciendo que la libertad, colocada fuera de las condiciones de su legítimo ejercicio viene á ser peligrosa; que estas condiciones de legítimo ejercicio no se encuentran sino en el cristianismo; fuera de él, la libertad es necesariamente una causa de mal y sucumbe bajo sus propios escesos. En apoyo de esta conclusion podemos citar la esperiencia de todos los tiempos y de todos los paises. Entre los antiguos como entre los modernos, en ninguna parte ha podido reinar, sin la cruz, la verdadera libertad. Hoy mismo como en otro tiempo los infieles, están muy lejos de ella, y los cristianos, haciéndose tanto mas indignos cuanto mas se alejan de las prescripciones sagradas de su fé, se esponen mas y mas á perderla. Por esto es por lo que Jesucristo nos advirtió que "cualquiera que cometa el pecado viene á ser esclavo del pecado;"<sup>1</sup> y el apóstol nos recomienda el "ser libres, no para servirnos de la libertad como de un velo que cubra nuestras malas acciones, sino para obrar en todo como servidores de Dios."<sup>2</sup>

Lo mismo que el principio de libertad, el principio de igualdad tiene sus peligros, precisamente porque en las condiciones actuales de la humanidad no es absolutamente posible.

1 Evang. de San Jnan, cap. 8.

2 Epíst. de San Pedro, cap. 2.

Tomada en cierto sentido, seria la estincion del movimiento social, la uniformidad de los rodajes que haria imposible el juego de la máquina; seria la muerte y no la vida. Este principio, interpretado falsamente ha conducido á absurdas y salvajes teorías que han sido fecundas en desastrosas consecuencias. La esperiencia ha demostrado superabundantemente que la igualdad absoluta es una mera utopia ó mas bien, una irrealizable quimera. Se ha reducido, pues, su invocacion en cuanto á la igualdad de los derechos; este es un paso en la vía de la sabiduría, pero deja subsistir en el fondo de los corazones terribles pasiones. El derecho no es siempre el hecho; aquel que se encuentra perjudicado pretende estarlo á espensas de la justicia, y acusa á los que han sido mas dichosos que él de haber obtenido de la voluntad de los hombres los favores que la ley les rehusaba: ademas, es cosa difícil el hacer aceptar al que está colocado en una posicion inferior ese sistema de igualdad ante la ley; él está condenado de por vida á trabajos mas penosos, á privaciones mas grandes que algunos de sus semejantes; y vé, sin embargo, que ellos son los que recogen los honores y las riquezas, y poseen el bienestar de que él mismo está desprovisto. De ahí nacen y fermentan sordamente en su alma los celos y los odios crueles que no esperan frecuentemente sino una ocasion favorable para hacer su esplosion.

Cuando Jesucristo, sin embargo, ha proclamado el principio de igualdad, no ha querido hacer de él un señuelo seductor y arrojarle como un cebo engañoso á las pasiones; lo que ha querido es que ese principio tuviese un sentido verdadero y se convirtiese en una realidad. Pero ved con qué sabiduría ha dado la interpretacion positiva! Él no ha hecho consistir la igualdad en la posesion de la misma suma de riquezas, de honores, de ciencia, cosas que no pueden pertenecer igualmente á todos; sino que la ha colocado en un terreno accesible á cualquiera que posea una voluntad recta, en el terreno de la moral, en la práctica del bien. No todos pueden ser ricos,

grandes y sabios, pero todos pueden ser buenos: no todos son capaces de acciones brillantes, pero todos pueden según la medida de las facultades que les han sido impartidas, ejecutar acciones igualmente buenas. La pobre viuda de Jerusalem que deposita una moneda ínfima en el tesoro del templo, hace un dón mas meritorio que el de las piezas de oro y plata que habian arrojado en él los ricos. Considerada bajo el punto de vista moral, la igualdad viene á ser realmente completa. El último de los hombres, siendo virtuoso, será ante Dios igual á los mas altos personajes que hayan estado en el mismo grado de virtud: en consecuencia, el grande hombre de la sociedad cristiana no es el rey poderoso ó el gran genio; es el santo; y el santo puede ser un rey como San Luis, ó un labrador como San Isidro.

Si el divino Autor del Evangelio ha restringido de este modo el sentido positivo de la igualdad, es porque debia ser así por la naturaleza misma de las cosas; y Él ha buscado el modo de remediar esto, como en todos los demas resultados de nuestro estado de prescripcion y decadencia por el primer pecado. Puesto que el órden presente no soporta la igualdad absoluta, él la restablecerá moralmente por una especie de compensacion equilibrada. "Los primeros, ha dicho, serán los últimos; aquel que se eleve será humillado, aquel que se humille será elevado, y el que quiera ser el mas grande será el servidor de todos."<sup>1</sup> Esta compensacion, creará en las relaciones humanas, una igualdad verdadera que no será el resultado violento de la ley, sino del libre consentimiento de la voluntad. Ella procederá de una virtud sublime, no conocida antes de Jesucristo, frecuentemente desconocida despues de Él, de la virtud de la humildad. Según la definicion del P. Lacordaire, la humildad "es una aceptacion voluntaria del lugar que nos ha sido designado en la gerarquía de los séres, una posesion de sí mismo, con una moderacion igual respecto de lo que envanece, y que nos lleva á descender á lo que no

<sup>1</sup> Evangelio de San Mateo, cap. 20.

nos envanece."<sup>1</sup> Humilde por el mandato de Dios, el cristiano pobre no codiciará los bienes del rico; no alimentará en su corazón esa envidia ardiente, ese horrible orgullo que algunas veces necesita sangre para satisfacerse. Por su parte, el rico, lejos de rechazar al pobre con injurioso desden, se inclinará hácia él, le tenderá la mano, le alzaré en cierto modo hasta él mismo, probándole por su estimacion, si la merece, que el hombre, cualquiera que sea su condicion, es grande por sí mismo; que lo demas no es sino un accesorio, y que la verdadera nobleza nace esencialmente de su propio fondo. "Si entra en vuestra asamblea," dice Santiago, "un hombre que tenga un anillo de oro y un traje magnífico, y entra en ella tambien un pobre con un mal vestido, y que deteniendo la vista sobre el que está vestido magníficamente le decís, presentándole un asiento distinguido, "Sentaos aquí," y que decís al pobre: "Estáte en pié ahí, ó siéntate á mis piés," seguíis pensamientos injustos en la diferencia que haceis ante vos mismo entre el uno y el otro."<sup>2</sup> Tal es el espíritu cristiano. Como Dios, no hace acepcion de personas y acerca las clases mas elevadas con las mas inferiores. Él conserva, sin embargo, la gerarquía visible y necesaria, á fin de que el cuerpo social, vivificado por la sábia armonía de sus miembros, pueda adquirir un maravilloso crecimiento: pero, suprimid la virtud cristiana y á pesar de todas las leyes civiles no os quedarán sino grandes altivos y desdénosos, y pequeños envilecidos ó mas arrogantes que los grandes mismos.

Teóricamente hablando, el principio de igualdad es muy seductor; reducido á la práctica no se presenta ya bajo este halagüeño aspecto; por el contrario, resulta que aquellos que de palabra se habian manifestado los mas ardientes partidarios de ese principio, vienen á ser de hecho, los mas escandalosos é inconsecuentes violadores de él; prefiriendo casi siempre á los difíciles deberes que impone, las satisfacciones

<sup>1</sup> Confer., tom. II, pág. 15.

<sup>2</sup> Epíst. de Santiago, cap. 2.